

Enrique Fuster

Prof. Teoria e Storia del Cinema y Sceneggiatura Audiovisiva
Pontificia Università della Santa Croce

LA MIRADA DEL ESPECTADOR SOBRE EL PERSONAJE

Los personajes no son personas. Pero el buen lector/espectador los trata como si lo fueran, sabiendo que no lo son. Hay personajes que nos acompañan durante toda la vida; cuando la obra que tenemos delante está verdaderamente lograda, nos sale natural (si somos buenos lectores/espectadores) mirar a los personajes con la misma comprensión y piedad y respeto con que miramos (o deberíamos mirar) a las personas que tenemos alrededor. Se despierta hacia ellos una especie de empatía.

De entrada, el buen lector/espectador ve a los personajes como personas, no como símbolos. Pero, a la vez, es capaz de trascender esa inmersión en la novela o en la película para verlos como parte de un todo. Es decir, entiende que los personajes no son personas, aunque lo parezcan. Un personaje es un conjunto de acciones. Y por eso, como ha dicho Ibáñez Langlois, “salvar o condenar a los personajes (...) no tiene sentido: es como salvar o condenar un acto, siete actos, mil actos humanos: (pero) mil decisiones no hacen todavía un hombre, una existencia”. Y por eso el autor no es Dios, aunque frecuentemente lo parangonemos al Creador (con mayúsculas), porque la totalidad de esas criaturas que son los personajes no llega a existir nunca ante sus ojos, por grande que sea su capacidad imaginativa. Por tanto, aunque nos resistamos a ello, hemos de reconocer que los personajes poseen un carácter artificial, en cierto modo simbólico, y para ser bien entendidos (o sea, para hacernos cargo de sus acciones) han de ser situados en el contexto de la obra dramática a la que pertenecen y ser vistos como una parte de ese todo dotado de sentido, y que es el que en último término dota de sentido a sus acciones. Por así decir, los personajes no poseen existencia autónoma sino solamente una existencia ligada a la obra en la que viven.

Los personajes no son su autor. Es decir, el escritor o guionista no es responsable moral de sus acciones. El que un personaje mate no hace del autor un asesino. Entre autor y personaje media una distancia que me parece importante salvar, si queremos entender bien el sentido de cualquier obra dramática.

Puestas estas premisas, intentaré responder a la siguiente pregunta: ¿cuál debe ser la actitud del espectador a la hora de juzgar la moralidad de una película en la que los protagonistas realizan acciones moralmente reprobables, a veces sin que estos vengan explícita o implícitamente censurados desde alguna instancia interior a la obra misma? Para dar un respuesta, analizaré un aspecto esencial de la trama de *Notorious* (Alfred Hitchcock, 1946), y los desenlaces de *Bleu* (Krzysztof Kieslowski, 1993) y *Million Dollar Baby* (Clint Eastwood, 2004).

BIBLIOGRAFÍA:

C. S. LEWIS, *La experiencia de leer*, Alba Editorial, Barcelona 2000 (1961)

Umberto ECO, *Interpretazione e sovrainterpretazione*, Bompiani 2004 (1992)

José Miguel IBÁÑEZ LANGLOIS, *El mundo pecador de Graham Greene*, Zig-Zag, Santiago de Chile 1967.